

Los textos teatrales: una lectura atractiva, educativa y necesaria

Berta Muñoz Cáliz

¿Quién no recuerda la lectura en voz alta de una obra teatral en el aula –obras para adultos generalmente– como una de las tareas más gratas y estimulantes de la vida escolar? Esta práctica, que suele darse de forma ocasional y poco frecuente, resulta ser, sin embargo, una forma excepcionalmente eficaz de animación a la lectura, sobre todo entre aquellos niños y niñas que se muestran más reticentes ante los libros. Es sabido que la lectura no siempre fue una experiencia individual e íntima; en sus orígenes fue lectura oral, lectura juglaresca –o religiosa– ante un público colectivo, e igualmente, nuestro primer acercamiento a la literatura es siempre oral, a través de canciones, cuentos, etc. Por otra parte, telecomedias, títeres televisivos y buena parte de las películas que consumen niños y jóvenes, no dejan de ser ficción dramática. La oralidad y la dramaticidad son así dos cualidades de las obras teatrales que las hacen propicias para su buena aceptación por los jóvenes, tanto en las aulas como en el tiempo libre.

Pero no sólo la práctica de la lectura oral o de la dramatización dan sentido a la lectura de obras teatrales. Tal como afirma Isabel Tejerina, “la especificidad del género teatral, que nace para ser representado, no invalida la naturaleza literaria de sus textos. Por ello, sus obras de calidad también pueden ser disfrutadas plenamente por el valor en sí mismo de su lenguaje artístico” (“Educación literaria y lectura de textos teatrales. Una propuesta para la Educación Primaria y la Educación Secundaria Obligatoria”). Tal como señala esta profesora, la lectura de obras teatrales implica que la representación suceda en la mente de los lectores, lo que supone una lectura especialmente activa y rica, al tener que traducir simultáneamente múltiples códigos de signos verbales y no verbales. Además, hay otras cualidades que hacen que las obras dramáticas resulten especialmente adecuadas para su lectura por niños, como son el lenguaje conversacional, el uso del diálogo, la brevedad de las frases, la presencia de un conflicto que sostiene la intriga o el dinamismo de las situaciones (según esta autora, “el texto teatral nos remite siempre a un mundo donde existe una cierta tensión, un dinamismo vivo que puede captar con facilidad el interés de los alumnos”). Lectura, pues, compleja, rica y activa, aunque no necesariamente difícil ni trabajosa; todo lo contrario.

Por otra parte, como es bien sabido, la práctica del teatro encierra una gran capacidad a la hora de desinhibir y de socializar. Pero además, las obras teatrales incitan a escuchar distintos puntos de vista y a ponerse en la piel de cada uno de los elementos en conflicto, lo que supone que cualquier texto teatral que se precie debería permitir al lector situarse en la piel de distintos personajes, y por tanto suscitar la comprensión de puntos de vista ajenos, lo que le convierte en una herramienta de primer orden para crear una sociedad más tolerante. En definitiva, se trata de un arte que parece propicio para formar no a sujetos obedientes y pasivos sino auténticos ciudadanos. Tal vez por este motivo, en la primera democracia de la historia, la asistencia a los espectáculos teatrales era un deber de los ciudadanos atenienses. Y tal vez por ello, también, en nuestro país, la censura franquista castigó al teatro con más saña que a cualquier otro género literario.

Pues bien, si conocemos su importante potencial educativo, y además sabemos que el género teatral tiene grandes posibilidades de ser acogido con éxito por los más jóvenes, ¿cómo se explica que sea precisamente uno de los más desatendidos por educadores,

políticos, editores y mediadores en general? Sean cuales sean los motivos (las leyes del mercado, el desconocimiento de políticos y gestores, o de los propios educadores, u otros que se nos puedan escapar), lo que parece cierto es que en algún momento habrá que reaccionar.

De la penuria de este mercado editorial ya hemos dado cuenta en años anteriores en las páginas de *Lazarillo*. Este año, sin embargo, parece que hay motivos para ser algo más optimistas, ya que los títulos publicados se han incrementado notablemente. En primer lugar, a las obras pensadas para su representación en el aula, hasta ahora predominantes, se añaden este año un considerable porcentaje de textos que, aun siendo susceptibles de ser representados, su destino óptimo parece ser la lectura, ya sea individual o colectiva y en voz alta, tal como sucede con la mayoría de los publicados en la colección “Montaña Encantada”, de editorial Everest (con la excepción que comentamos más abajo), todos ellos acompañados de cuidadas ilustraciones.

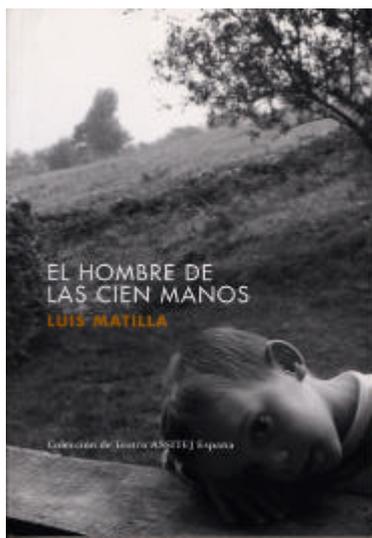
No obstante, también se han publicado una serie de obras pensadas específicamente para su representación por niños, tal como sucede con *Regaliz y Piruleta*, de Fernando Almena (Everest, col. “Montaña Encantada”), estrechamente relacionada con las propuestas que el autor realizaba en su libro *Teatro para escolares*; en este caso, nos encontramos ante una obra creada para ser representada en un espacio abierto y amplio (plaza, polideportivo...) y con un montaje colorista y espectacular; con posibilidad de que intervengan un número ilimitado de actores, debido a la importancia de los personajes corales, e incluso de distintas edades. Su tema, un chico al que su padre y sus compañeros menosprecian porque no le gusta pelear y que tendrá que demostrar que es valiente como el que más, cuenta con una larga tradición; sin embargo, estamos ante una obra en la que el componente textual es secundario frente a la propuesta escénica. Así mismo, también están pensados para su representación los dos volúmenes titulados *Teatro de Escuela*, de José González Torices, destinados a niños a partir de 8 y 10 años respectivamente (ed. Pearson-Alhambra), o los publicados en la colección “Teatrillo en la Escuela” (ed. Carena), a cargo de Juan Ramón Barat (*Guisantillo y la estrella de los deseos*) y Reinaldo Jiménez (con su divertido texto titulado *La bella no durmiente*); estos últimos aparecieron a finales de 2004, motivo por el cual aún no nos habían llegado cuando se cerró la pasada edición de *Lazarillo*, por lo que damos noticia aquí de su publicación. Por idéntico motivo, damos noticia ahora de la versión teatral de *El principito*, de Saint-Exupéri, a cargo del dramaturgo y actor Julio Escalada, buen conocedor del arte escénico y de las claves de la teatralidad (ed. CCS, 2004, col. “Escena y Fiesta”), que realizó esta adaptación para un instituto de secundaria.

También la temática parece más variada que en otras ocasiones: encontramos obras de teatro histórico, como *El gabán del rey*, de Germán Díez Barrio (CCS, col. “Galería del Unicornio”), ambientada en la época de Enrique III (“Don Enrique El Doliente”), que toma como eje de la trama el enfrentamiento de este a los nobles que le esquilmaron su patrimonio aprovechándose de su juventud; un peculiar carnaval en el que nobles y rey se transfiguran en aves simbólicas y una Danza de la Muerte, propia de la época abordada, completan esta valiente propuesta, alejada de los convencionalismos de que tantas veces adolecen las obras para jóvenes. La obra se dirige a alumnos de los cursos más avanzados de ESO. También de ambientación histórica, y dirigida a un público similar, son *En nombre de la infanta Carlota*, de Javier A. Muñoz y Diego Yzola, y *Los pasos del camino*, de César Noalgos (ambos editados por Everest, col. “Punto de Encuentro”). La primera de ellas es un musical ambientado en 1810, durante el acoso de las tropas napoleónicas a la ciudad de Cádiz. La rebelde infanta Carlota, secuestrada por los soldados franceses mediante un engaño, encontrará su mayor apoyo en la gitana

Canelilla, antes despreciada por la infanta, y en su padre, un temido bandolero. *Los pasos del camino* transcurre durante el reinado de los Reyes Católicos y recrea el peregrinaje de unos juglares a Santiago de Compostela, que durante el camino ensayan leyendas milagrosas para contarlas a otros peregrinos y sacar así unas monedas o algo de comida. La temática religiosa continuó siendo en 2005 una de las más habituales en la colección “Escena y Fiesta”, de CCS, que este año sacó los títulos *El árbol de Navidad* y *Los pequeños tamborileros*, ambos de Mariano Fuertes. La recreación de los clásicos es otra de las temáticas más usuales en el género; este año, Everest editó *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, a cargo de Eladio de Pablo; *El Lazarillo de Tormes*, por Miguel Murillo, y los *Entremeses* de Cervantes, adaptados por José Cañas. Los cuentos tradicionales fueron el punto de partida de *Alicia*, de Daniel Pérez, con ilustraciones de Ágatha Ruiz de la Prada (Everest), el álbum *¿Jugamos con Caperucita Roja?*, de María Dolores Arenas y María Teresa Ramos (Everest). Igualmente, *Las bodas de la pulga y el piojo*, álbum para primeros lectores de Juan Ignacio Pérez y Helena Martínez (Everest), también parte de un cuento, en este caso de tradición oral; y de la leyenda bíblica de Noé parte el álbum *Los ratones de Don Noé*, de José González Torices y Maribel Suárez (Everest). De temática de actualidad, mezclada con elementos fantásticos, son *Las sirenas se aburren*, de Miguel Pacheco Vidal, que mezcla el mundo de las sirenas con el del cine, y *Dora, la hija del Sol*, de Carmen F. Villalba (Anaya, col. “Sopa de Libros”), donde una niña acosada el colegio por ser mulata y su abuelo sobreviven a una dura realidad cotidiana gracias a su imaginación y a la ayuda de un ser fantástico cuya naturaleza desconocen; una tierna y divertida historia para niños a partir de diez años. *Naranjas y limones*, de Martha Sastrías, cuenta una imaginativa historia fantástica en la que algunos giros de lenguaje y las coloristas ilustraciones de Gerardo Vaca dejan ver que la historia está ambientada en América Latina.

La timidez excesiva y el miedo a enfrentarse al mundo exterior es el tema abordado en *El árbol miedoso*, de Inmaculada Díaz (Everest, col. “Montaña Encantada”), dirigido a primeros lectores y con divertidas ilustraciones de Rafael Salmerón. Los propios miedos y fantasmas son también el tema de *El espejo de los monstruos*, de Paco Abril. El universo poético lorquiano es recreado en *El torito negro*, de Antonio Ferres, que es en cierto modo un homenaje al gran poeta. De la capacidad del arte para ayudar a expresarse a quienes no pueden hacerlo de forma convencional trata *El hombre de las cien manos*, de Luis Matilla. También de las bondades del arte trata *Princesa va al teatro*, de Sagrario Pinto (Everest), donde una princesa que se aburre cura su mal gracias a la ficción.

Luis Matilla, *El hombre de las cien manos*. Madrid, ASSITEJ-España, 2005. ISBN: 84-609-7901-6, 140 págs.

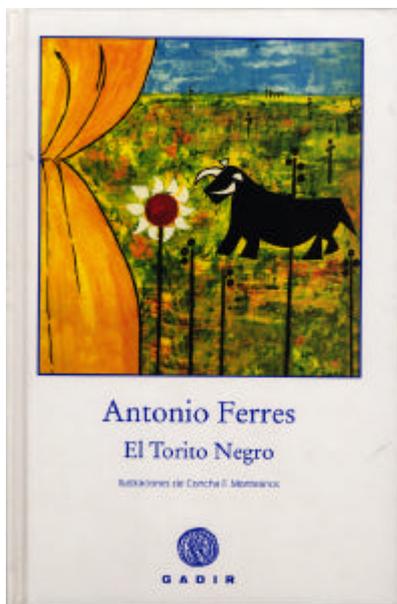


El nombre de Luis Matilla es ampliamente conocido y respetado en el mundo del teatro para niños: ha obtenido en dos ocasiones el Premio SGAE de Teatro Infantil y Juvenil (uno de ellos, *El árbol de Julia*, se reseñó en su día en *Lazarillo*) y es una de las figuras más activas de nuestro país en la reivindicación de este género. La obra que reseñamos en esta ocasión no es exactamente una novedad editorial, ya que se estrenó a finales de los

sesenta, etapa clave en el teatro y en la cultura española; se trata, pues, de una recuperación de una de las obras que “en su momento renovaron (tal vez sería más preciso decir revolucionaron) el concepto de teatro para la infancia en nuestro país”, en palabras de Lola Lara, presidenta de ASSITEJ-España.

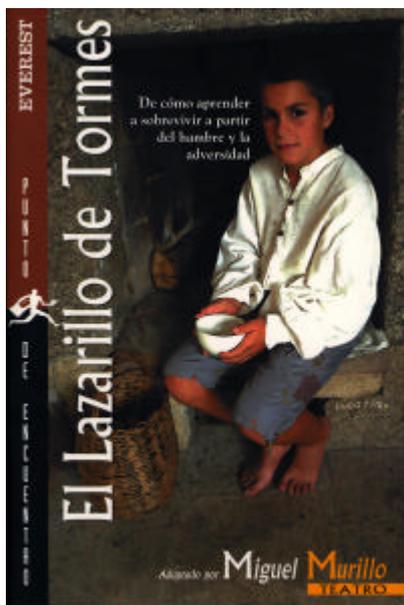
Esta obra nos habla, en apariencia, de la capacidad del teatro para superar las propias limitaciones, de las bondades de un arte que es capaz de hacer que un niño mudo se exprese sin palabras y de unas gentes capaces de comprender y de ser generosas. Nos habla también de la necesidad de recuperar la sensibilidad, de escapar de los comportamientos y de las palabras estereotipadas, y de atender a quienes lo necesitan. El dolor y el sentimiento de impotencia de Luc, que continuamente recibe absurdas órdenes y críticas de quienes dicen preocuparse por él y en realidad se dedican a anularlo, adquieren un valor revulsivo que hacen de esta obra un texto no sólo válido para los niños. La obra, que a veces roza los límites del teatro del absurdo en el sentimiento de incomunicación que envuelve al niño, y de la farsa expresionista en el tratamiento de los adultos y sus ridículas pretensiones, no llega a traspasar los límites del género infantil, al resolver el cierre de la obra con la risa liberadora y con la salida que se ofrece al protagonista de expresarse artísticamente con su gestualidad. El humor y el arte se proponen, pues, como salidas a las situaciones más difíciles. La actualidad y la validez de la obra, más allá de los años transcurridos, son evidentes.

Antonio Ferres, *El torito negro*, Madrid, Gañir, 2005. Il. Concha F. Montesinos. ISBN: 84-934439-3-X.



Primorosa edición, por el cuidado de su lenguaje, por las ilustraciones, incluso por la calidad de papel, poco frecuente en el género que nos ocupa. Lenguaje y tema de inspiración lorquiana, como el propio autor indica, a lo que contribuyen las ilustraciones de la sobrina del poeta. El toro, el mundo rural, el mundo de los gitanos, la Andalucía mítica están presentes en esta obra de corte fantástico, hartamente alejada del realismo social que caracterizó la producción novelística del autor durante los años de la dictadura. La valentía del niño, la limpieza de su mirada y su intenso contacto con las fuerzas de la naturaleza, quedan simbolizados en su amistad con el toro, poseedor del cuerno de la abundancia. Juntos, Miguelillo y el torito realizan un viaje iniciático por los terrenos vedados del Duque que conducirá al descubrimiento de territorios desconocidos donde crecen alimentos no frecuentes en el campo de origen y donde habitan gentes, los gitanos, con quienes descubrirá nuevos sentimientos. Sus antagonistas, los muñecos sin alma que sirven al Conde y las desnaturalizadas campanillas, representan las fuerzas con las que habrá de combatir y de las que, con la ayuda de su amigo el torito, saldrá victorioso.

Miguel Murillo (adapt.), *El Lazarillo de Tormes*, León, Everest, col. “Punto de Encuentro”, 2005, 86 págs. ISBN: 84-241-8744-X.



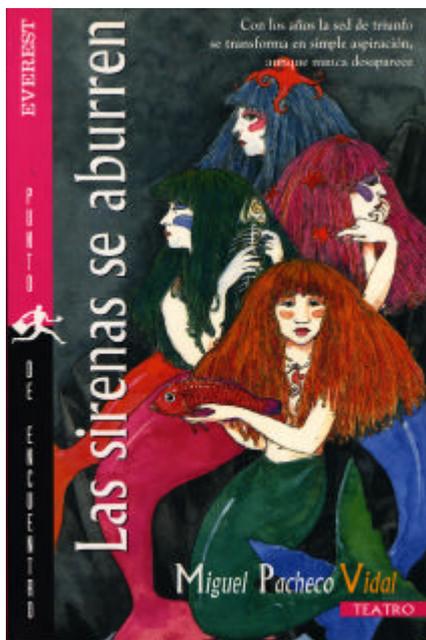
En sus palabras preliminares, el adaptador, más conocido hasta el momento en el ámbito del teatro para adultos, confiesa que su único propósito ha sido el de acercar esta obra a los más jóvenes. El lenguaje está actualizado, aunque se conservan muchos de los giros del original. De acuerdo con la división en capítulos del libro, la obra teatral se ha estructurado en escenas breves, sin que estas se correspondan exactamente con aquellos, ya que se trata de una recreación libre y no de una adaptación. Se han tomado algunos de los episodios más significativos, como el del jarro de vino, el racimo de uvas, la longaniza convertida en nabo, o el poste de piedra, de las andanzas vividas con el ciego; la escena del cofre del clérigo de Maqueda, la del hidalgo escudero que no comía ni cenaba, y el fingimiento del buldero y el alguacil; enmarcadas entre el inicio de Lázaro en la picaresca y su boda y su trabajo como pregonero. El “Introito” en el que se nos anuncia que lo que va a suceder es la recreación de la vida de Lázaro por unos cómicos, uno de los cuales dice ser nieto del personaje, y las escenas de los cómicos intercaladas entre las de la vida de Lázaro, envuelven a la obra en un juego metateatral, a la vez que crean un paralelismo entre el modo de vida del pícaro y la de los cómicos ambulantes, igualmente llena de hambre, de persecuciones y de ingenio para sobrevivir.

Paco Abril, *El espejo de los monstruos. II*. Rocío Martínez, León, Everest, col. “Montaña Encantada”, 2005, 70 págs. ISBN: 84-241-8710-5.



Tres niños muy listos y muy traviosos son castigados por su profesora a quedarse una hora más en el aula, y para paliar el aburrimiento, aprovechan unas pinturas y unos caballetes para dibujarse a sí mismos tal como su profesora les ve. El resultado son tres monstruos con lo peor que cada niño lleva dentro, y que acaban cobrando vida. Asustados en principio y reconciliados después con sus creaciones, los niños descubren que exteriorizar a sus monstruos es una forma de conjurarlos y de perderles el miedo. Destacan las divertidas ilustraciones de Rocío Martínez, con las caras de niños reales y el resto del cuerpo dibujado con trazos muy simples, a modo de collage, y con una perspectiva espacial a veces distorsionada y a veces más ordenada, en función de lo que ocurre en la obra. Dirigida a niños de 8 años en adelante.

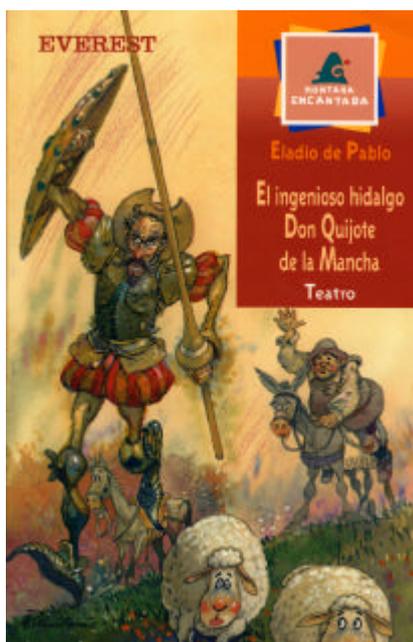
Miguel Pacheco Vidal, *Las sirenas se aburren*, León, Everest, col. “Punto de Encuentro”, 2005, 94 págs., ISBN: 84-241-8110-7.



Original historia de unas sirenas, añorantes de los tiempos en que comían náufragos, que se aburren porque hace siglos que los hombres ya no pasan por su isla. De pronto, empiezan a aparecer una serie de hombres y de mujeres que vienen a rodar una película de piratas. Algunas de ellas se relamen sólo de pensar que puedan ser comestibles, a pesar de su rara indumentaria, tan distinta a las que ellas habían conocido siglos atrás, y de que el hecho de no haber llegado por mar les parece más que sospechoso. Cuando el director de la película las descubre, este, entusiasmado, decide filmarlas y darles el mayor protagonismo posible en sus escenas. De este modo, no sólo las sirenas seducen a los hombres, sino que ellas mismas resultarán seducidas por el señuelo de la fama, lo que dará pie al trágico final de esta obra, en la que sólo el amor conseguirá salvar a la pareja que se mantiene firme en sus posiciones.

Según se indica en el libro, esta obra está vinculada a una experiencia escolar que, bajo el título “El asombro de Mnemosina”, obtuvo en 2002 el Premio Juan Cervera a la Investigación sobre Teatro Infantil y Juvenil otorgado por ASSITEJ-España. El texto se dirige a jóvenes desde 12 años.

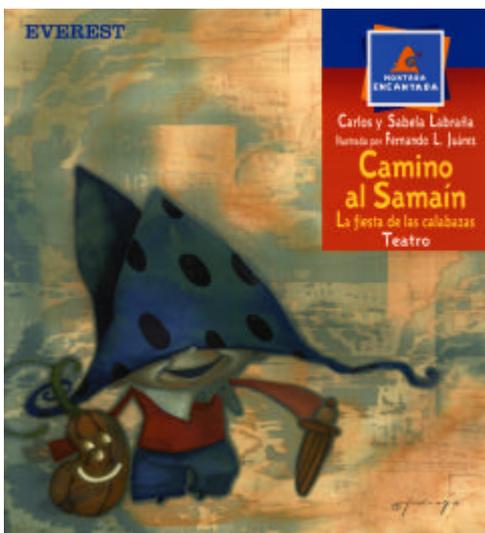
Eladio de Pablo, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, il. José Pérez Montero, León, Everest, col. “Montaña Encantada”, 2005, 108 págs., ISBN: 84-241-1619-4.



Selección de episodios de la novela cervantina, respetando en parte el lenguaje de la obra original, que ha sido levemente actualizado. De lectura ágil y amena, puede ser una buena forma de que los niños de 10 años en adelante se inicien en la lectura de las andanzas de Don Quijote. Las aventuras en la venta en la que el hidalgo es armado caballero, la pelea contra los molinos de viento, los cueros de vino, las arremetidas contra los frailes de San Benito primero y contra los rebaños después, en la creencia de que unos eran secuestradores de princesas y ejércitos los otros; la discusión con Sancho sobre la verdadera naturaleza del Yelmo de Mambrino, el susto la noche en que el batán golpeaba el agua y tanto Quijote como Sancho creían que un gigante hacía temblar el suelo, el enfrentamiento con el Caballero de los Espejos, el Retablo de Maese Pedro y, finalmente, el encuentro

con el Caballero de la Blanca Luna son los episodios recreados por Eladio de Pablo, y excelentemente acompañados con las ilustraciones de José Pérez.

Carlos y Sabela Labraña, *Camino al Samaín. La fiesta de las calabazas*. II. Fernando L. Juárez, León, Everest, col. “Montaña Encantada”, 2005, 48 págs. ISBN: 84-241-8336-3.



Álbum dirigido a primeros lectores, de hermosas ilustraciones de colores y trazos suaves (verdes, ocre, anaranjados), donde los elementos vegetales se humanizan y las figuras humanas toman rasgos de aquellos. El argumento es una variante del cuento del Patito Feo, en el que la calabaza más pequeña y torcida, que es despreciada por los niños que buscaban piezas para la fiesta del Samaín (origen céltico del popular Halloween, llevado a América por inmigrantes europeos), acaba llegando a la fiesta por su propio pie y acompañada de otros seres débiles como ella (una mazorca, una hoja y dos castañas que tampoco pudieron ir en un primer momento por distintos motivos). Un niño y su

abuelo deciden decorarla a modo de calavera, al igual que antes les sucedió a sus compañeras más vistosas, y gracias a la imaginación de estos acabará siendo motivo de envidia, e incluso espantando, a quienes antes la despreciaron.